



MARC VAN DE MIEROOP

HISTORIA
del PRÓXIMO ORIENTE
ANTIGUO

CA. 3000-323 A.E.C.

EDITORIAL TROTTA

PROBLEMAS INICIALES

1.1. ¿QUÉ ES EL PRÓXIMO ORIENTE ANTIGUO?

Pocos utilizan hoy el término «Próximo Oriente». Pero ha sobrevivido en el estudio de la historia antigua en una disciplina académica enraizada en el siglo XIX, cuando el término se usaba para identificar los restos del Imperio otomano en las costas orientales del Mediterráneo. Hoy decimos Oriente Medio para designar esta área geográfica, pero los dos términos no son totalmente equivalentes, y los historiadores y arqueólogos del mundo antiguo siguen hablando de Próximo Oriente. Este hábito, de por sí, implica una cierta vaguedad a la hora de determinar qué constituye la historia antigua de esa zona y las fronteras geográficas pueden diferir sustancialmente entre distintos estudios. Algunas definiciones, pues, de qué cubre este libro se hacen necesarias.

En este resumen de historia, Próximo Oriente designa la región de la costa oriental del Mediterráneo al Irán central y del mar Negro al mar Rojo. Egipto, cuya historia antigua se cruza con la del Próximo Oriente en múltiples ocasiones, no se incluye, excepto cuando su imperio se extendió por Asia durante la segunda mitad del segundo milenio. Las fronteras siguen siendo vagas, porque en esencia estudiamos un conjunto de áreas nucleares y la extensión de cada una de ellas fue cambiando en los distintos períodos. Destacada en cualquier estudio del Próximo Oriente antiguo es Mesopotamia, término que usamos para designar el área entre los ríos Tigris y Éufrates en lo que hoy son Iraq y el norte de Siria. Fue hogar de muchas culturas y formaciones políticas, cuya secuencia conocemos bien gracias a abundantes documentos. En ocasiones los estados mesopotámicos se

extendieron mucho más allá de sus fronteras, atrayendo a su órbita regiones por lo demás escasamente conocidas, como la península arábiga. Lo mismo puede decirse de otras áreas nucleares en la Anatolia central, el suroeste de Irán y demás. Como historiadores, dependemos de las fuentes; su contenido, tanto en términos geográficos como en las facetas de la vida que documentan, fluctúa enormemente a lo largo del tiempo. Cuando informan de alguna actividad en cierto lugar, dicho lugar se vuelve parte del Próximo Oriente; cuando no es así, poco podemos decir. La historia antigua del Próximo Oriente es como un cuarto oscuro donde las fuentes ofrecen puntos de luz aislados, unos más brillantes que otros. Brillan con especial claridad sobre ciertos lugares y períodos, pero dejan mucho más en sombra. Es labor del historiador intentar sacarle sentido al conjunto.

Los límites cronológicos de la historia del Próximo Oriente antiguo también son ambiguos y tanto las fechas iniciales como finales son flexibles. Si consideramos la Historia dependiente de las fuentes escritas, la postura tradicional frecuente, los orígenes de la escritura en Babilonia en torno al 3000 a.e.c. deben verse como el principio de la historia. Pero la escritura fue una más de las muchas innovaciones que tuvieron sus raíces en épocas anteriores y los textos más antiguos no contienen información «histórica» que podamos interpretar, más allá del hecho de que la gente podía escribir. Así, la mayoría de las historias del Próximo Oriente comienzan con la denominada prehistoria, a menudo en torno al 10000, y describen los desarrollos que tuvieron lugar antes de que existiera la escritura. Durante esos siete mil años, tuvieron lugar tantos cambios importantes en las formas de vida de los seres humanos que se hacen merecedores de un tratamiento en profundidad, que emplee fuentes y metodologías arqueológicas. No hay suficiente espacio en este libro, que persigue estudiar de manera sistemática los períodos históricos, para hacer justicia a todos los desarrollos prehistóricos. Así, comenzaremos a finales del cuarto milenio, cuando varios procesos prehistóricos culminaron simultáneamente, aparte de la aparición de la escritura, lo que cambió los materiales que constituyen nuestras fuentes. Me limitaré a bosquejar los desarrollos precedentes de manera sumaria en esta introducción.

La Historia rara vez presenta finales nítidamente definidos. Incluso cuando los estados son destruidos definitivamente, dejan una huella, cuya duración depende de que se examinen los aspectos históricos en la política, la economía, la cultura u otras áreas. Pero el historiador tiene que detenerse en algún momento y la elección de cuándo lo hace ha de justificarse. Se usan a menudo varias fechas para concluir la historia antigua del Próximo Oriente, muy frecuentemente la caída de la última dinastía mesopotámica nativa en 539 o la derrota de Persia por Alejandro en 331. He elegido a Alejandro como la última figura de mi historia política, porque aunque los cambios que instituyó probablemente no tuviesen gran impacto en la mayoría de la población en aquella época, nuestro acceso a los datos históricos se transforma a partir de su reinado. El cambio gradual de fuentes indígenas a fuentes clásicas externas requiere una aproximación historiográfica diferente. La llegada del helenismo es una línea de demarcación adecuada porque el acceso del historiador a los acontecimientos cambia significativamente.

Entre 3000 y 331 transcurrieron unos veintisiete siglos. Pocas disciplinas históricas se enfrentan a un arco temporal tan extenso, comparable a resúmenes de la civilización europea que conectasen la Grecia homérica con nuestros días. Aunque podemos apreciar períodos marcadamente distintos en ese desarrollo occidental y percibir los cambios esenciales que tuvieron lugar a lo largo del tiempo, es más difícil hacerlo en la historia del Próximo Oriente antiguo. Nuestra distancia del Próximo Oriente, tanto en tiempo como en espíritu, a veces conduce a un punto de vista que difumina las diferencias y lo reduce todo a una gran masa estática. Por otro lado, puede asumirse un punto de vista diametralmente opuesto y fragmentar esta historia en segmentos breves, coherentes y manejables. La discontinuidad se convierte entonces en foco. Esta segunda actitud es la base de la periodización de la historia de Próximo Oriente, que hilvana una serie de fases casi siempre denominadas según dinastías reales. Cada fase experimentó su ciclo de desarrollo, prosperidad y decadencia, como si fuera una entidad biológica y entremedias aparecían las llamadas eras oscuras, momentos de silencio histórico.

Adopto aquí una posición intermedia, y aunque sigo la subdivisión tradicional en períodos dinásticos, los agrupo en unidades mayores. No deberíamos sobredimensionar las continuidades, pero podemos reconocer patrones básicos. En términos políticos, por ejemplo, el poder del Próximo Oriente a menudo se hallaba fragmentado y tan solo hubo momentos relativamente efímeros de centralización bajo líderes de dinastías cuyo ámbito territorial se hacía cada vez más amplio. Pero estos momentos de centralización suelen llamar más la atención, porque han producido un gran número de fuentes escritas y arqueológicas. Teniendo en cuenta el crecimiento progresivo de las formas políticas, esta historia se divide en las edades de ciudades-estado, estados territoriales e imperios, cada uno con sus momentos de grandeza y disgregación (si consideramos que el poder equivale a la grandeza). La ciudad-estado fue el elemento político primero de 3000 a aproximadamente 1600; los estados territoriales dominaron la escena desde ese momento hasta comienzos del primer milenio; y los imperios caracterizan la historia posterior. Los estados mesopotámicos a menudo demuestran de la manera más clara estas fases de desarrollo, pero es evidente que también tuvieron lugar en otros lugares del Próximo Oriente.

A la postre, el acceso y la extensión de las fuentes definen el Próximo Oriente como materia histórica y subdividen su historia. En ciertos lugares y épocas aparece documentación escrita y arqueológica extensa, y estas regiones y momentos constituyen el núcleo de la materia. En este sentido, las culturas de Mesopotamia son dominantes. A menudo fueron las civilizaciones pioneras de la época y tuvieron impacto en todo el Próximo Oriente. Cuando influyeron o controlaron regiones no mesopotámicas, incluiremos esas áreas en nuestra investigación; cuando no fue así, a menudo perdemos la pista de lo que estaba sucediendo fuera de Mesopotamia. La exploración arqueológica en décadas recientes ha hecho cada vez más visible que otras regiones del Próximo Oriente experimentaron desarrollos independientes de Mesopotamia y que a ella no podemos asignar todas las innovaciones culturales. Aun así, sigue resultando difícil escribir historias continuas de esas regiones sin depender de un modelo centrado en Mesopotamia. Mesopotamia aporta unidad

geográfica y cronológica a la historiografía del Próximo Oriente. Su uso de un sistema de escritura venerable, su preservación de prácticas religiosas y su continuidad cultural del tercer al primer milenio nos permiten contemplar su larga historia como un todo. El estudio de las otras culturas de la región está en su mayor parte ligado al de la cultura mesopotámica, pero no deberíamos ignorar tampoco sus contribuciones a la historia del Próximo Oriente.

1.2. FUENTES

La presencia de fuentes determina los confines de la historia del Próximo Oriente antiguo. Afortunadamente, son increíblemente abundantes y variadas en su naturaleza a lo largo de toda esta extensa historia. Los textos, fuente primaria del historiador, han sobrevivido por cientos o millares — una estimación publicada recientemente habla de más de un millón—. Desde los momentos más antiguos, los reyes realizaron inscripciones en monumentos de piedra, muchos de los cuales se contaron entre los primeros hallazgos arqueológicos en Mesopotamia en tiempos modernos. Más importante, con todo, fue la tablilla de arcilla, el soporte de escritura que se desarrolló en el sur de Mesopotamia y que adoptaron todas las culturas del Próximo Oriente. Tiene una resistencia increíble en los terrenos duros de la región y los textos, desde el recibo por una sola oveja hasta la extensa *Epopéya de Gilgamesh*, son abundantes. La supervivencia de numerosos documentos de uso cotidiano diferencia al Próximo Oriente antiguo de otras culturas antiguas. En Egipto, Grecia y Roma se ponían por escrito cosas similares, pero en pergamino y papiro, materiales que solamente han sobrevivido en circunstancias excepcionales. Los escritos del Próximo Oriente antiguo son ricos no solo en número, sino también en lo que abarcan: economía, actividad urbanística real, campañas militares, gestión del gobierno, literatura, ciencia y muchos otros aspectos de la vida que se ven ricamente documentados.

Los materiales arqueológicos han adquirido importancia progresiva como una de las herramientas del historiador. Las excavaciones no solo nos permiten determinar, por ejemplo, que los hititas estaban presentes en el

norte de Siria en el siglo XIV, sino que también nos permiten estudiar las condiciones materiales de sus vidas en esa zona. El Próximo Oriente está cuajado de montículos artificiales formados a lo largo de los siglos por los restos de ocupación humana. Se denominan *tell* en árabe, *tepe* en persa y *höyük* en turco, términos que aparecen en los nombres de la mayoría de yacimientos arqueológicos. Las posibilidades de excavación son tan grandes que hasta ahora nos hemos limitado a arañar la superficie, aun tras más de ciento cincuenta años de trabajo. Las ciudades principales como Uruk, Babilonia, Nínive y Hattusa han sido exploradas a lo largo de muchas décadas y han suministrado numerosos edificios, monumentos, objetos y textos. Pero cuando uno compara lo que se ha descubierto con lo que permanece oculto, queda claro que esto es solamente el principio. Quedan miles de yacimientos por explorar y no todos ellos pueden ser investigados de manera sistemática. Puesto que hay construcciones continuas de pantanos, carreteras y desarrollos agrícolas que amenazan con destruir totalmente yacimientos antiguos, los esfuerzos de rescate a menudo determinan la selección de qué se excava.

Recuadro 1.1. ¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?

Al igual que uso del término 'Próximo Oriente' es hoy poco frecuente fuera del campo de estudio de la historia y la arqueología, el significado exacto de muchos otros nombres geográficos tiene un valor particular en estas disciplinas. A menudo este uso es cuestión de hábito y rara vez se detalla explícitamente lo que esos nombres designan. A menudo derivan de fuentes antiguas, pero se modificó su significado para indicar una realidad algo diferente, a menudo según la terminología imperial británica del siglo XIX, cuando se desarrolló el estudio del Próximo Oriente antiguo. Uno de esos términos es 'Mesopotamia', una etiqueta griega para el área delimitada por la gran curva del Éufrates en Siria, pero que hoy día se aplica a toda la región comprendida entre los ríos Tigris y Éufrates y a veces incluso a zonas más allá de esas fronteras. Mesopotamia está compuesta por dos zonas diferenciadas: Asiria al norte y Babilonia al sur. Ambos son en origen términos políticos que hacen referencia a estados antiguos que existían después de 1450 a.e.c., pero que a menudo se usan como designaciones puramente geográficas aplicables a cualquier momento histórico (y así las usaré aquí). Muchos expertos utilizan otro término político, 'Sumer' (o a veces el no existente 'Sumeria'), para referirse a la mitad meridional de Babilonia en el cuarto y tercer milenios. No sigo esa práctica.

Fuera de Mesopotamia, los estudios de historia del Próximo Oriente antiguo a menudo hablan del Levante, esto es, el lugar por donde sale el sol desde una perspectiva europea, para designar la región a lo largo de la costa mediterránea oriental entre Turquía y Egipto. Al norte,

la parte asiática de la actual Turquía a menudo es denominada Anatolia, nombre derivado del término griego que expresa la salida del sol. Para la misma región se utiliza también la expresión latina Asia Menor. A menudo aparecen nombres de países, como Irán, Siria, Egipto e Israel, pero sus fronteras no coinciden exactamente con las de los correspondientes estados-nación modernos. El uso del término 'Iraq' es raro, excepto en publicaciones británicas. Siria-Palestina y el correspondiente adjetivo son términos puramente geográficos. Todo esto puede parecer confuso de entrada, pero pronto resulta claro lo que el autor está pensando.

No deberíamos subestimar la medida en que los altibajos de la exploración arqueológica influyen en nuestra visión de la historia del Próximo Oriente. Las circunstancias políticas en el Oriente Medio contemporáneo, especialmente, han determinado dónde se puede excavar. La competición imperial entre Gran Bretaña y Francia a mediados del siglo XIX llevó a sus representantes a concentrarse en yacimientos masivos en el Iraq septentrional, la región de Asiria. Allí hallaron los monumentos más impresionantes, que se exhibirían en los museos nacionales, algo que desencadenó el primer interés en la historia de Asiria. Solo en fechas posteriores de ese siglo, cuando la inquietud por los orígenes alcanzó su apogeo, comenzarían los arqueólogos a explorar sistemáticamente el sur de Iraq, en busca de los antiguos sumerios. Los acontecimientos más recientes han tenido un impacto dramático en la investigación arqueológica. La Revolución iraní de 1979, las guerras de Iraq de 1991 y 2003, la presente guerra civil en Siria y otros conflictos han obligado a los arqueólogos a abandonar proyectos, especialmente en el corazón de Mesopotamia. Han buscado nuevos terrenos en regiones antes tenidas por periféricas y con ello han resaltado sus desarrollos. Como consecuencia, nos han obligado a reconsiderar la primacía y dominio de Mesopotamia en muchos aspectos de la Historia.

Hay que presentar una última idea sobre la distribución y naturaleza de las fuentes. En el Próximo Oriente antiguo hay una correlación directa entre la centralización política del poder, el desarrollo económico, la construcción de arquitectura monumental y el incremento de la producción de todo tipo de documentos escritos. Así, las fuentes, tanto arqueológicas como textuales, acentúan los momentos de fortaleza política. La Historia es por naturaleza una ciencia positiva (es decir, discutimos lo que se ha preservado) y se concentra necesariamente en esos momentos en que las

fuentes son más abundantes. Entremedias aparecían lo que denominamos «eras oscuras». Con todo, los tres milenios de historia del Próximo Oriente antiguo están cubiertos con una continuidad casi total y en ocasiones las fuentes son muy abundantes. Por ejemplo, la documentación disponible sobre la Babilonia del siglo XXI supera en número y ámbito los textos escritos de muchos períodos posteriores de la historia. El Próximo Oriente antiguo no da a conocer las primeras culturas de la Historia sobre las que puede desarrollarse una investigación histórica auténtica y detallada. En esta investigación hemos de ser muy conscientes de la naturaleza de las fuentes, sin embargo. Puesto que derivan casi exclusivamente de las instituciones e individuos que ejercían el poder, se concentran en sus actividades y presentan sus puntos de vista. Siempre describen los éxitos de los reyes, por ejemplo, nunca sus fracasos. Representan a los poseedores del poder como los actores únicos de las sociedades, ignorando al pueblo, y los procesos que se oponían a sus acciones y debilitaban su efectividad. Es fácil ser llevado al error y acabar viendo la historia del Próximo Oriente antiguo como una larga secuencia de gestas gloriosas de reyes, cuyo control sobre las sociedades era absoluto. Ciertamente no era así y a lo largo de la historia hubo políticas fallidas, operaron líneas de oposición e individuos y comunidades escaparon a los controles cuya existencia proclaman las fuentes oficiales y demás. Existieron discursos alternativos, pero no podemos recuperarlos a partir de relatos explícitos. Por el contrario, tenemos que cuestionarnos los relatos que tenemos —leer entre líneas— a fin de obtener una imagen equilibrada.

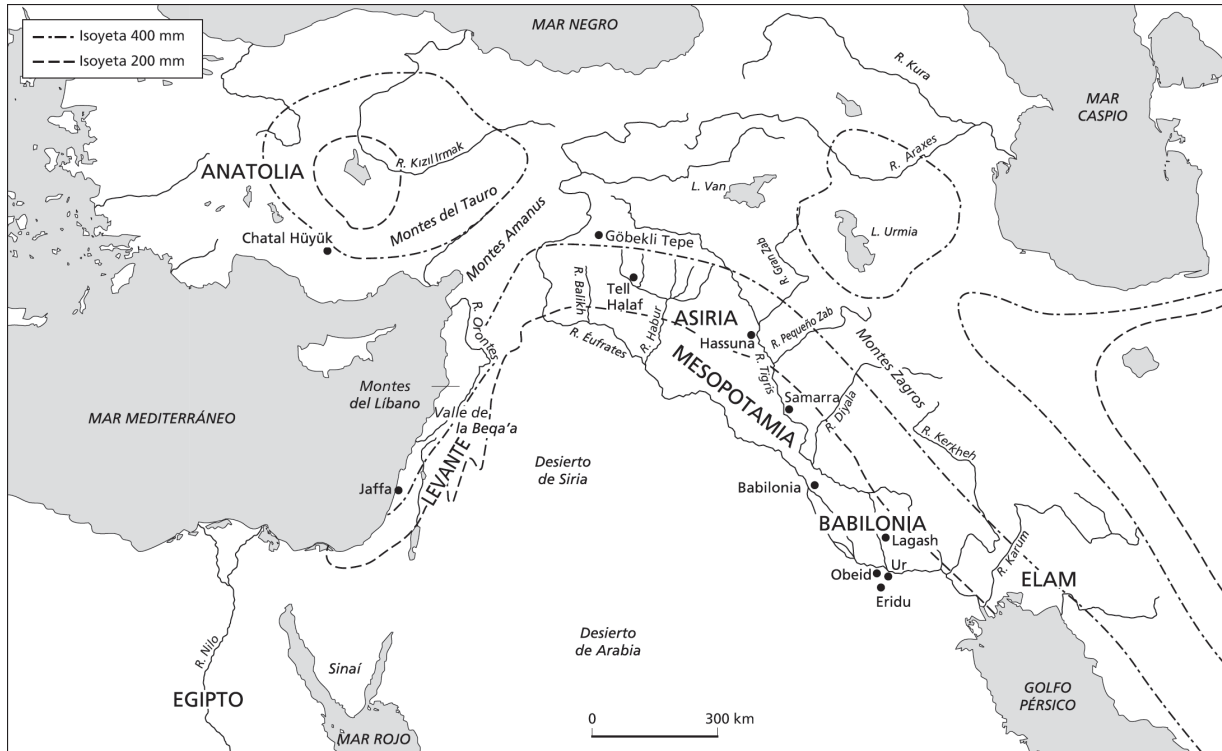
1.3. GEOGRAFÍA

El Próximo Oriente es una vasta extensión de tierra situada en la intersección de tres continentes: África, Asia y Europa. Allí se juntan tres placas tectónicas y sus movimientos determinan la geografía de la región. La placa árabe presiona hacia el norte bajo la placa irania, empujándola hacia arriba y viéndose obligada a descender. Donde chocan ambas placas hay una larga depresión que se extiende desde el mar Mediterráneo hasta el golfo Pérsico, por donde corren los ríos Tigris y Éufrates, convirtiendo el

desierto en tierra muy fértil allí donde alcanzan sus aguas. Las placas africana y árabe se encuentran en el extremo occidental del Próximo Oriente y están separadas por un angosto valle a lo largo de los montes Amanus y del Líbano, situados en paralelo a la costa mediterránea. Hay poco espacio disponible para asentamientos costeros, excepto al sur, donde se ensancha la llanura. El norte y el este del Próximo Oriente están también definidos por cordilleras elevadas, el Tauro y los Zagros, que contienen las fuentes de todos los ríos de la región. El sur de la región es una enorme masa llana, que forma los desiertos de Siria y Arabia. Se vuelven más montañosos al dirigirse al sur y carecen de agua casi por completo.

Los fenómenos geológicos, terremotos y erupciones volcánicas, así como los efectos del viento, la lluvia y el agua, han creado un área de gran diversidad. En considerable contraste con la imagen popular del Oriente Medio como una extensión llana y monótona, la variación entre entornos naturales es enorme, desde grandes pantanos hasta vastos y áridos desiertos, y desde zonas deprimidas de carácter aluvial hasta montañas elevadas. También, en la escala local, existen grandes variaciones ecológicas en microentornos muy definidos. Dos ejemplos demuestran esto. Babilonia, el área entre el golfo Pérsico y la actual Bagdad, puede parecer un área con poca diversidad que dependía de la irrigación del Éufrates y el Tigris para su supervivencia. Pero esa extensión contenía zonas ecológicas muy diferenciadas. El norte era una meseta desértica donde la agricultura solo podía darse en los angostos valles fluviales. Algo más río abajo, los ríos penetraban una zona aluvial llana, pero mantenían canales claramente definidos que hacían posible la agricultura por irrigación en parcelas cuadradas. Al sur de la ciudad de Babilonia, los ríos se dividían en ramales en cambio constante que corrían casi al nivel del suelo y numerosos canales de construcción humana conducían agua a parcelas alargadas. Finalmente, cerca del golfo Pérsico extensas marismas hacían la agricultura imposible. En cada una de estas zonas había presencia de distintos nichos ecológicos próximos, dependiendo del acceso al agua y otros factores, orientados al suministro de recursos: pescado y juncos en las marismas, pasto para rebaños de ovejas en la estepa septentrional, etc. La extensión y localización de estos nichos fue variando a causa de factores naturales y de

la actividad humana y el paisaje experimentó cambios a lo largo del tiempo. Pero la diversidad natural siempre caracterizó el área que genéricamente denominamos Babilonia.



Mapa 1.1. El Próximo Oriente antiguo.

En las montañas del Líbano hay un abanico de ecosistemas incluso mayor. El valle de la Beqa'a, entre las cordilleras del Líbano y el Antilíbano, tiene unos cien kilómetros de largo y veinticinco de ancho. Sobre el mapa, esta pequeña área parece uniforme, pero hay diferencias locales. Las altas montañas producen precipitaciones abundantes en la zona occidental; el área al este es consecuentemente seca. Los manantiales, aunque numerosos, se hallan dispersos de forma irregular a lo largo de la región y el río Orontes no es una buena fuente para agua de irrigación. Las zonas húmedas alternan con áreas muy secas, las zonas de horticultura intensiva con zonas donde solo pueden subsistir los pastores. El valle es por lo tanto una colección de lo que se ha denominado microecosistemas, cada uno de los cuales permitía distintos modos de vida.

Dentro de esta zona tan vasta debemos reconocer la gran variabilidad del entorno natural. Sin embargo, hay ciertas características básicas con importantes repercusiones para el sustento de sus pobladores. La agricultura, el requisito previo para asentamientos permanentes de elevado número de habitantes, es difícil. Las precipitaciones son escasas en casi todas partes porque las cordilleras elevadas del oeste dejan extensas zonas del Próximo Oriente en la zona de sombra de la lluvia. La agricultura que depende de la lluvia, la llamada agricultura seca, requiere al menos 200 mm anuales de agua. La isoyeta de los 200 mm, esto es, la línea que conecta los puntos con ese mismo nivel de precipitaciones, traza un amplio arco desde el Levante meridional hasta el golfo Pérsico. Las montañas y colinas reciben más lluvia, las planicies menos e incluso prácticamente nada. Pero la línea del mapa puede resultar engañosa: la variabilidad anual es grande y hay una amplia zona marginal que a veces recibe suficiente lluvia pero a veces no. La agricultura dependiente de la lluvia solo está garantizada al llegar a la isoyeta de los 400 mm. El efecto en los asentamientos humanos es drástico. Al sur de la isoyeta de los 400 mm, la agricultura solo es posible si hay ríos que aporten agua para irrigación. El Tigris y el Éufrates constituyen una línea de salvación para la llanura de Mesopotamia, donde las precipitaciones son escasas y erráticas. Ambos ríos y sus afluentes, Balij, Habur, Gran Zab y Pequeño Zab, Diyala, Kerkheh y Karum, nacen en las montañas de Turquía e Irán, donde la lluvia y la nieve los alimentan. Como ríos perennes, su agua puede explotarse para irrigar cultivos mediante gestión cuidadosa y técnicas que se analizarán posteriormente en este mismo capítulo.

En el período de tiempo que estudiamos es muy posible que tuvieran lugar largas fases de sequía. Aunque podemos asumir que en los últimos diez mil años el clima del Próximo Oriente no ha cambiado sustancialmente, es seguro que incluso las variaciones marginales tuvieron graves consecuencias para sus habitantes e impacto en los desarrollos históricos. ¿Fue la llamada Edad Oscura el resultado de un período de clima más seco? Habría hecho imposible la agricultura dependiente de la lluvia en zonas que habitualmente dependían de ella y habría hecho descender el nivel de los ríos hasta tal punto de que las zonas irrigadas mermasen. ¿O

debemos concentrarnos en factores humanos a la hora de explicar esos períodos? Veremos que las explicaciones del declive y el colapso siempre son complejas e implican múltiples factores. El clima probablemente tuviera un papel en muchas ocasiones, pero por desgracia carecemos de suficientes detalles sobre el clima de la Antigüedad para que pueda servir como explicación de los drásticos cambios políticos y económicos que observamos.

Otro rasgo importante de la geografía son las fronteras. Las crearon montañas, mares y desiertos, que podían cruzarse, pero en lugares muy concretos y solo con tecnología especial. Los montes Zagros y el Tauro eran barreras masivas para los estados de Mesopotamia y solo podían ser rebasadas por los valles fluviales. Por lo tanto, ahí la expansión militar siempre se veía restringida, incluso en el caso de grandes potencias como Asiria. Las cordilleras del Levante dejaban solo un estrecho pasillo de acceso de Siria septentrional a Egipto y el control de un solo valle podía bloquear el acceso entre ambos. Las montañas eran también el hogar de muchos grupos que los estados que estudiamos eran incapaces de gobernar. Para los habitantes de las llanuras, las montañas a menudo constituían por lo tanto una visión inhóspita y aterradora.

Los mares componían un tipo de frontera muy distinto; las más importantes eran el Mediterráneo y el golfo Pérsico. Creaban una frontera, pero, una vez franqueados, permitían el acceso a regiones muy distantes. Así, el golfo Pérsico y las marismas en su extremo formaban el límite meridional de Mesopotamia, pero a partir del quinto milenio los mesopotámicos navegaron en naves primitivas a regiones a lo largo de la costa del Golfo. A finales del cuarto milenio, es posible que algunos marineros llegasen a Egipto por esa vía, y en el tercer y segundo milenios los contactos marítimos directos con el valle del Indo eran habituales. El Mediterráneo era otra cuestión. Solo había un puñado de puertos a lo largo de su costa, ninguno al sur de Jaffa. A finales del tercer milenio, de todos modos, los egeos navegaban a la costa de Siria-Palestina y en la segunda mitad del segundo milenio la navegación por el Mediterráneo oriental era común. En torno al 1200, las innovaciones tecnológicas permitieron a pueblos de los puertos siro-palestinos viajar largas distancias y el

Mediterráneo entero quedó a su alcance. Los fenicios del primer milenio establecieron colonias tan al oeste como España y la costa atlántica de Marruecos.

El gran desierto que se extiende entre Mesopotamia y el Levante constituye una frontera más formidable. Durante milenios, solo se podía avanzar por los valles del Tigris o del Éufrates y cruzar la estepa de Siria septentrional. Con la domesticación del camello en torno al año 1000 se hizo posible la travesía directa, aunque siguió siendo poco frecuente. Aun cuando pequeños grupos pudieran cruzarlo directamente, la falta de agua seguía obligando a los ejércitos a dar un rodeo por Levante y el norte de Siria para ir de Egipto a Mesopotamia. El desierto, como las montañas, era hogar de grupos temidos y odiados por las tribus sedentarias, nómadas cuyos estilos de vida eran despreciados y cuya gobernabilidad era imposible. Aunque el desierto se pudiera atravesar, los estados del Próximo Oriente no podían someter a sus habitantes.

La permeabilidad de las fronteras no solo permitía a los pobladores del Próximo Oriente moverse hacia fuera, sino que también permitía a los de fuera entrar en la región. La posición del área en el punto de conexión entre tres continentes es única en el mundo. Pueblos de África, Europa y Asia han penetrado en la región desde los inicios de la prehistoria hasta la actualidad, causando interacciones, intercambio de tecnologías y creciente presión en los recursos naturales. Esto puede explicar por qué tantas «revoluciones» en el modo de vida de los seres humanos tuvieron lugar aquí: la aparición de la agricultura, de las ciudades, de los imperios. Es cierto que los movimientos de población tuvieron lugar en toda la historia antigua, pero estudiarlos resulta difícil. Aunque podamos afirmar con confianza que las tribus mongolas que invadieron Iraq en el siglo XIII e.c. venían del interior de Asia, no estamos tan seguros de los orígenes de los hititas, por ejemplo. Tal vez, en cuanto hablantes de una lengua indoeuropea, vinieran de una región al norte de la India y llegasen a Anatolia a principios del segundo milenio. Pero la supuesta patria ancestral indoeuropea al norte de la India podría ser un mero fantasma y podría ser el caso que hablantes de lenguas indoeuropeas hubiesen residido en Anatolia desde la prehistoria y no apareciesen en el registro histórico hasta inicios del segundo milenio. Se

puede decir lo mismo de muchos pueblos —sumerios, hurritas, Pueblos del Mar, israelitas, etc.— que antes eran tenidos como invasores de distintas regiones del Próximo Oriente. Para retomar a la metáfora de antes, el Próximo Oriente es un punto de luz en un mundo de oscuridad prehistórica. Cuando distintos pueblos entran de repente en el alcance de su foco, a menudo es imposible determinar si llegaron de cerca o de lejos, o si habían estado siempre en la región cuando aparecieron por primera vez en los documentos.

1.4. DESARROLLOS PREHISTÓRICOS

Debemos emprender el estudio de la larga evolución cultural de la prehistoria desde una perspectiva que tenga en consideración la totalidad del Próximo Oriente. A pesar de la gran diversidad ecológica de la región, apreciamos desarrollos simultáneos en distintos lugares. La cronología absoluta de los acontecimientos sigue siendo incierta y debatida, pero tenemos una idea bastante clara de las líneas generales. Especialmente con los inicios del período neolítico en torno a 9000, tuvieron lugar importantes desarrollos culturales que establecieron el marco de las civilizaciones históricas futuras.

El desarrollo tecnológico más crucial fue la agricultura, que hizo posible que grandes grupos de personas permaneciesen en el mismo lugar todo el año. El Próximo Oriente fue la primera región del mundo donde se inventó la agricultura. El proceso llevó varios milenios e implicó la domesticación de plantas, fundamentalmente cereales, y de animales. Los yacimientos arqueológicos donde vemos la llegada de estos cambios se localizan a menudo en los límites de zonas ecológicas distintas, cuyos ocupantes supieron aprovecharse de recursos vegetales variados y cazaban distintos tipos de animales. La variedad natural descrita más arriba puede haber sido de hecho una de las razones por las que la agricultura se desarrolló tan pronto en el Próximo Oriente. Sus habitantes se acostumbraron tanto al acceso a una variedad de recursos alimentarios que intentaron garantizar su suministro interfiriendo en los ciclos de crecimiento de cultivos y animales. Además, daba la casualidad de que los recursos salvajes a su alcance eran más adecuados a la domesticación que los de otros lugares. El trigo y la

cebada cosechados pueden almacenarse durante más tiempo que la mayoría de las plantas africanas, por ejemplo.

Durante milenios, la humanidad había vivido recolectando comida de manera local y se mudaba al agotarse el suministro. La caza de animales probablemente era el complemento de una dieta que dependía primariamente de cereales, frutas y legumbres silvestres, marisco y cualquier otra cosa que el entorno ofreciese. Su modo de vida no tiene que considerarse necesariamente difícil y hostil. Los estudios etnográficos muestran que la vida de los primeros granjeros era más ardua que la de los cazadores-recolectores, especialmente en zonas del Próximo Oriente ricas en recursos, donde la comida podía recolectarse fácilmente sin mucho esfuerzo. La cuestión de por qué la población cambió hacia la agricultura sigue siendo por tanto difícil de resolver y el deseo de vivir en comunidades más grandes puede haber sido el principal estímulo. Algunos yacimientos prehistóricos muestran una increíble voluntad de cooperación anterior incluso a la agricultura. El yacimiento de Göbekli Tepe al sureste de Anatolia, recientemente descubierto, contiene estructuras monumentales de piedra con imágenes talladas, algo que solo pudo haber sido construido por grupos grandes de trabajadores ([figura 1.1](#)). Estos grupos tendrían que proceder de distintas comunidades recolectoras de la región, que usarían el enclave para reunirse en lo que pueden denominarse ceremonias religiosas. El asentamiento permanente hacía más fáciles las interacciones de ese tipo.

El control directo del suministro alimentario mediante la agricultura de cereales se logró a través de una serie de pasos probablemente inadvertidos entre el decimoprimer y séptimo milenios, a medida que los humanos ganaban práctica en sembrar, criar animales, cosechar y almacenar. Los cereales salvajes tienen dos características que causan problemas a los consumidores humanos —tienen tallos débiles para que sus semillas se dispersen con facilidad y caen al suelo antes de la cosecha—. Además, es difícil llegar a las semillas, que están cubiertas de vainas fuertes que evitan la germinación prematura. Al cosechar, los agricultores recolectarían más semillas que no habían caído al suelo de las plantas que tuvieran los tallos más fuertes, lo que los llevaría a promover el crecimiento de esas plantas tras sembrar las semillas. En un proceso más consciente, pudieron elegir

granos de vainas más finas para sembrar, contribuyendo así a propagar esas especies. A lo largo de muchos siglos, los seres humanos modificaron genéticamente los cereales mediante la selección y la hibridación. La escanda y la espelta que crecían silvestres en el Próximo Oriente mutaron en los trigos harinero y racimoso modernos.

La caza selectiva de animales salvajes también reemplazó a la caza indiscriminada precedente. Los cazadores entresacaban las manadas silvestres para lograr un equilibrio de edades y sexos, y las protegían de los depredadores naturales. Ovejas y cabras fueron los animales domesticados más comunes y entre ellas se dio preferencia a las razas que aportasen la mayor cantidad de recursos, como ovejas de lana abundante. Con el tiempo, los humanos se hicieron responsables de todos los aspectos de la existencia de los animales, cuyo comportamiento ya se había apartado completamente del de sus progenitores salvajes y cuyos atributos físicos también se habían hecho muy diferentes. Las ovejas desarrollaron un largo pelaje que podía convertirse en hebras para tejer. Los perros domesticados comían cereales, algo que sus ancestros salvajes jamás habrían hecho. El cuerpo humano también cambió. Por ejemplo, algunos pueblos desarrollaron las enzimas necesarias para la digestión de la leche animal no procesada.

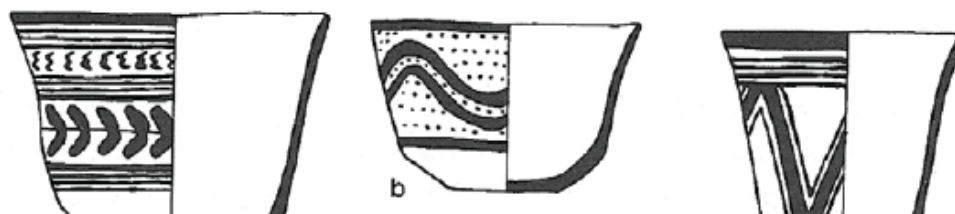
Así, no hubo un cambio repentino de la caza y la recolección a las granjas, sino un proceso lento durante el cual la población aumentó su dependencia de la comida que cultivaba, pero suplementando sus dietas con recursos salvajes. Está claro que el proceso no era irreversible. A veces, los pueblos tenían que regresar a una existencia de cazadores-recolectores o incrementar su ingesta de recursos salvajes cuando el suministro domesticado no colmaba sus necesidades. Tenemos que recordar que ambos modos de vida existían en la misma área geográfica: la agricultura se desarrolló donde los recursos naturales eran abundantes.

La agricultura permitió a la población permanecer en el mismo lugar largos períodos de tiempo. Las distintas culturas arqueológicas que diferenciamos entre los años 9000 y 5000 atestiguan una permanencia en la residencia y comunidades mayores. La casa es el atributo de la vida sedentaria más reconocible en el registro arqueológico. En el Levante, las casas se construían en piedra o con cimientos de piedra; en otros lugares del

Próximo Oriente sus muros eran de capas de barro y luego de adobe. Los asentamientos se hicieron cada vez más grandes, lo que demuestra la capacidad de alimentar a un número de personas cada vez mayor. En el noveno milenio se produjo un cambio de casas de planta redonda a planta rectangular, lo que muestra que grupos más grandes de personas cohabitaban con algún tipo de jerarquía social y de especialización en el uso de las habitaciones. En los poblados más antiguos del noveno milenio, la población utilizaba receptáculos de almacenamiento de arcilla, pero en el séptimo milenio desarrollaron la cerámica cocida. Aunque quizá no sea uno de los grandes adelantos tecnológicos, puesto que solo era una extensión de prácticas de almacenamiento precedentes y del uso de la arcilla, facilitaba la cocina y permitía un almacenaje más seguro de los productos. Una afortunada coincidencia, la cerámica suministra al arqueólogo una de las herramientas más útiles para datar los restos excavados, en parte por tratarse de una tecnología en continuo desarrollo ([recuadro 1.2](#)).

Recuadro 1.2. EL USO DE LA CERÁMICA EN LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA

Los restos cerámicos constituyen una importante herramienta para los arqueólogos. La cerámica es ubicua en el registro arqueológico, los fragmentos prácticamente indestructibles; y los estilos de decoración, así como la forma de las vasijas cambian con considerable velocidad a lo largo del tiempo, indicando los gustos de grupos de personas diferentes. Al igual que hoy la forma y decoración de las botellas de refrescos se desarrolla con el tiempo y podemos fechar una fotografía por la botella que una persona tiene en la mano, también los estilos cambiantes de la cerámica de la Antigüedad pueden usarse como forma de datar yacimientos y los distintos niveles arqueológicos en ellos. Consecuentemente, las culturas prehistóricas a menudo son denominadas por el tipo de cerámica que las representa: Hassuna, Samarra, Obeid y demás, cuyos estilos cerámicos se identificaron por primera vez en los yacimientos con esos nombres ([figura 1.2](#)). Cuando aparecen distintos grupos cerámicos en una secuencia estratigráfica, podemos establecer su cronología relativa. Todos los *tell* del Próximo Oriente están cubiertos de fragmentos que representan los períodos de ocupación. Así, incluso sin excavación, el arqueólogo puede determinar cuándo estuvo habitado un yacimiento a partir de los restos de cerámica.



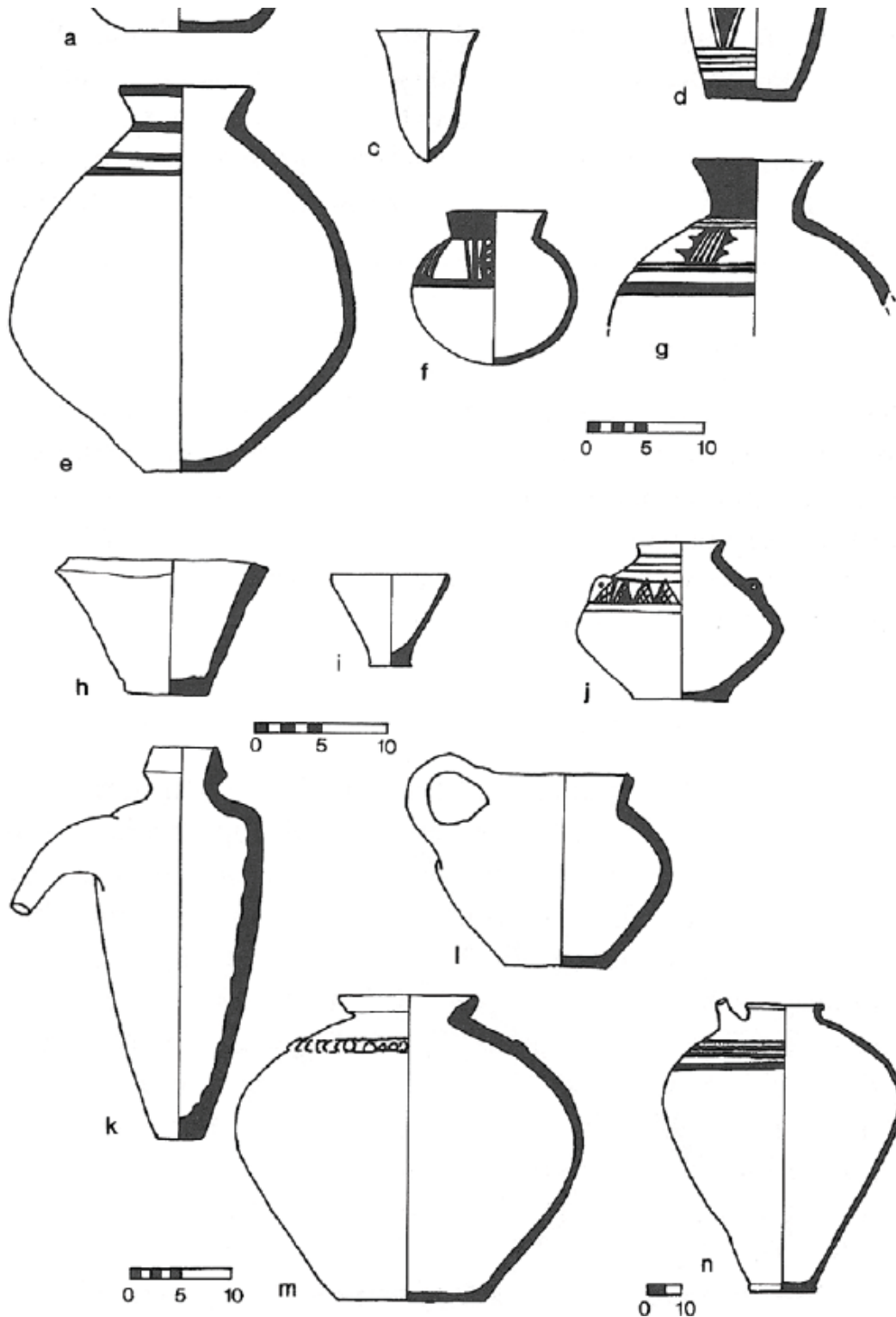


Figura 1.2. Secuencia cerámica. Las formas de la cerámica y sus decoraciones pueden variar drásticamente entre distintas culturas arqueológicas, destacando así como marcadores de su identidad. En la secuencia del sur de Mesopotamia, la cerámica pintada de Obeid (a-g) es muy distinta de las sobrias vasijas de Uruk (h-n) que la reemplazaron, pero, por otro lado, los alfareros

más recientes experimentaron con nuevas formas. Créditos: S. Pollock, *Ancient Mesopotamia: The Eden that Never Was* (Cambridge University Press, Cambridge, 1999), p. 4. Según Meely and Wright, 1994, fig. III.5 c,f; III, 4a,h; III,7d,f; III,8b,c; Safar *et al.* 1981 74/8, 80/1, 9. Originales del autor cortesía de S. Pollock.

En torno al 7000 existían aldeas plenamente agrícolas a lo largo del Próximo Oriente, todas ellas localizadas en áreas con suficientes precipitaciones para el cultivo. El foco de los desarrollos tecnológicos ulteriores se desplazó entonces hacia el este, en especial a la región bajo la zona de agricultura seca, es decir, las llanuras de Mesopotamia. Poco después de 7000, se desarrollaron comunidades agrícolas en áreas del norte de Mesopotamia que carecían de lluvia suficiente y dependían de la irrigación. La tecnología que conducía el agua de ríos y cuencas a los cultivos ya se había utilizado mucho antes en zonas como el Levante, pero con el paso de los asentamientos a zonas áridas la irrigación se hizo esencial. Hubo un cambio radical en la interacción de los granjeros con los cultivos naturales. Mientras que anteriormente habían potenciado el crecimiento de cereales que también existían en la naturaleza, ahora los introducían en áreas que no les eran naturales y donde dependían plenamente del apoyo humano. Los desafíos a los que hicieron frente en Mesopotamia eran enormes. Al contrario que el Nilo en Egipto, que aportaba agua a finales del verano, justo cuando se necesitaba para preparar los campos húmedos para plantar semillas, el Tigris y el Éufrates crecen a finales de la primavera cuando un exceso de agua puede destruir las plantas que ya casi han acabado de crecer. Los ríos están en su nivel más bajo cuando llega la temporada de la siembra, y los granjeros tuvieron que construir canales y cuencas de almacenamiento para controlar el agua y solo dejar que llegara a los campos cuando hiciese falta. El sistema no tenía que ser elaborado y podían gestionarlo comunidades reducidas, pero, con todo, era necesario un conocimiento de los ciclos de ríos y cultivos, por lo que planificación y organización eran necesarias para irrigar desde los ríos de Mesopotamia.

Sistemas de irrigación de pequeña escala aparecieron por primera vez en las colinas de los Zagros y probablemente también en las marismas al sur de Babilonia. La tecnología necesitaba más desarrollo, sin embargo, antes

de que pudiera extenderse a la Mesopotamia meridional, donde lo extremadamente llano de la planicie exponía los campos a inundaciones, especialmente del Éufrates, que prácticamente carece de valle. El río, con todos sus brazos y canales artificiales, tenía que ser gestionado cuidadosamente y los granjeros no solo tenían que conducir el agua a los cultivos, sino también protegerlos del exceso de agua. Siempre que un ramal del río crecía en exceso, se formaba un límite por los depósitos de limo que quedaban atrás al perder velocidad el agua. Aunque los diques podían reforzarse artificialmente, la sedimentación a menudo hacía que los lechos fluviales quedasen por encima de los campos que los rodeaban. No había un drenaje natural del agua depositada en los campos y el clima cálido causaba evaporación y por tanto un nivel de sal más elevado en la tierra. Además, la capa freática ascendía tras la irrigación, dañando las raíces cuando se acercaba a la superficie. Pero, a lo largo de los milenios, los habitantes de Babilonia fueron desarrollando la tecnología para irrigar áreas cada vez mayores. Aunque la agricultura por irrigación se convirtió en el rasgo distintivo de la vida económica de la región en fases posteriores, al beneficiarse de la mayor fertilidad del suelo, su mero potencial no animaba a la población a establecerse allí. La considerable abundancia de recursos en las marismas —juncos para edificios y pasto animal— también jugó un papel clave. Entre 6000 y 5500, el asentamiento permanente en la llanura de la Baja Mesopotamia se hizo común y persistió como rasgo constante.

Gráfico 1.1. CRONOLOGÍA DE LA PREHISTORIA DEL PRÓXIMO ORIENTE

Fecha a.e.c.	Levante	Anatolia	N. Mesopotamia	S. Mesopotamia
9000		Göbekli Tepe		
	Proto-Neolítico (NPC A)			
8500				
	Neolítico Acerámico (NPC B-C)			
7000				
	Neolítico Cerámico		Proto-Hassuna	
6500		Chatal Hüyük		
	Amuq B		Hassuna / Samarra	
6000				
	Halaf	Halaf	Halaf	Obeid Antiguo
5500				
5000				
4500	Obeid	Obeid	Obeid	Obeid Tardío
4000				Uruk Antiguo
	Calcolítico			
3500			Uruk	Uruk Tardío

Fundamentalmente a partir de los estilos de cerámica, los arqueólogos trazan una secuencia de culturas del Próximo Oriente en el período comprendido entre 7000 y 3800: Proto-Hassuna y Hassuna en las áreas lluviosas de la Mesopotamia septentrional en el séptimo milenio, y Samarra en la zona irrigada del norte a finales del séptimo milenio. Una cultura menos desarrollada denominada Amuq B caracterizaba el oeste del Próximo Oriente en esa época. El sexto milenio experimentó una expansión masiva de la cultura de Halaf de Mesopotamia septentrional, que abarcaría toda la zona lluviosa en contacto con la llanura de Mesopotamia y se extendería hacia el Levante. Al mismo tiempo, la Mesopotamia meridional vería asentamientos permanentes por usuarios de un conjunto cultural que denominamos Obeid. En torno a 4500, esta cultura de Obeid reemplazaría a la de Halaf al norte y en los Zagros.

Los aspectos más notables de estas culturas son su amplitud geográfica y sus contactos con zonas distantes. Teniendo en cuenta que se trataba de comunidades pequeñas sin una organización superior a la aldea, la extensión de una cultura material como la de Halaf desde los Zagros

centrales hasta la costa mediterránea resulta asombrosa. Hay restos limitados y las diferencias locales resultan confusas, pero los aspectos de la cultura de Halaf son bastante específicos, como la planta única de sus casas y las figurillas de terracota (figura 1.3). Además, observamos que los materiales preciosos recorrían distancias enormes. Por ejemplo, la obsidiana solo podía obtenerse por medios naturales en la Anatolia central, pero se ha hallado en yacimientos de todo el Próximo Oriente. Los arqueólogos suelen pensar que el éxito de Chatal Hüyük, un gran asentamiento de la Anatolia central que existió desde *ca.* 7200 hasta 6000, fue consecuencia del intercambio de esta roca volcánica. También se obtenían en zonas remotas bienes de menor prestigio. La cerámica de Obeid producida en el sur de Mesopotamia apareció por el golfo Pérsico en zonas tan meridionales como Omán, y los expertos han interpretado esto como restos de expediciones de pesca de pescado y perlas.



Figura 1.3. Figurillas femeninas de la cultura de Halaf. Estas figurillas de terracota que representan mujeres sin cabeza con pechos y caderas exageradas son típicas de la cultura de Halaf, que se extendió por el norte de Mesopotamia y Siria. Estas figuras suelen asociarse con la fertilidad y el

parto. Museo del Louvre, París. Izquierda, 8,3 cm de altura, AO 21095; derecha, 6,3 cm de altura. AO 21096. *Ca.* 6000-5100 a.e.c.
Créditos: akg images/Erich Lessing.

Otra característica de estas primeras culturas es su longevidad. La cultura de Halaf duró casi mil años y gradualmente dio paso a la meridional de Obeid. La permanencia de la última durante casi dos milenios y el alto grado de continuidad cultural que exhibe son sorprendentes. Estos factores parecen sugerir que una vez que las comunidades se establecieron en la Baja Mesopotamia, mantuvieron un desarrollo local y estable. Preservaron la misma cultura material a lo largo de su existencia y se hicieron más extensas y complejas solo de manera gradual.

Uno de los principales desarrollos sociales fue la aparición de una jerarquía y la centralización de poderes y funciones, resultado del crecimiento del tamaño de las comunidades. Pueden verse diferencias fundamentales entre el norte y el sur de Mesopotamia en este aspecto. En la cultura meridional de Obeid, algunos miembros de las comunidades tenían un estatus diferenciado, como indican el mayor tamaño y el trazado particular de los edificios que habitaban o supervisaban. El poder de estas élites recién desarrolladas parece haber derivado del control de los recursos agrícolas. Entre las familias que constituían las comunidades, aparecería una que administraría el almacenaje de las cosechas en una ubicación central. Esto ya puede verse en el sur, mientras que la cultura contemporánea de Halaf al norte presenta un alto grado de homogeneidad social. Cuando la cultura de Obeid se extendió en el territorio de Halaf a partir de 5500, también allí llegó la diferenciación social. Las nuevas élites se nos hacen visibles en su reivindicación de bienes extranjeros escasos y exóticos. Posiblemente fueran inmigrantes del sur que impusieran alguna forma de autoridad política sobre las más débiles familias locales y controlaran el intercambio a larga distancia. Solo en fases posteriores del período de Obeid empezarían a ejercer el tipo de dominio agrario local ya antes visible en el sur.

El foco físico de estas funciones centralizadas parece haber sido un edificio al que tal vez ya llamarían templo. A partir de mediados del sexto milenio, el yacimiento de Eridu cerca del golfo Pérsico presenta una

secuencia de edificios cada vez mayores en el mismo emplazamiento, que culminan en un gran templo de finales del tercer milenio. Si proyectamos hacia atrás en el tiempo la función de los primeros templos históricos, es probable que desde inicios del período de Obeid este edificio funcionase simultáneamente como lugar comunitario de culto y como centro para recolección y distribución de bienes agrarios. Algunos de los niveles arqueológicos de Eridu contenían grandes acumulaciones de espinas de pescado, lo que parecen ser los restos de ofrendas a la divinidad. Así, se estaba desarrollando dentro de las comunidades una organización social por encima del hogar individual, con la aportación de todas las familias al culto del templo. Allí también se desarrolló una jerarquía de asentamientos en el extremo meridional de Mesopotamia, con unos pocos de 10 a 15 hectáreas rodeados de otros más reducidos que no solían superar las 0,5 a 2 hectáreas de extensión. Esto demuestra que las comunidades individuales se estaban integrando en una organización territorial cooperativa más amplia.

Las evoluciones prehistóricas esbozadas brevemente aquí demuestran que muchos de los aspectos culturales de la historia posterior del Próximo Oriente fueron resultado de un largo desarrollo en el tiempo. Una culminación de estos procesos ocurrió en el cuarto milenio, cuando la convergencia de varias innovaciones condujo al origen de la civilización mesopotámica. Estudiaremos esos acontecimientos con mayor detalle en el próximo capítulo.

Debate 1.1. LA DATACIÓN EN LA HISTORIA DEL PRÓXIMO ORIENTE

En la misma línea que la casi totalidad de obras de historia, este libro usa fechas absolutas para indicar cuándo tuvieron lugar los distintos acontecimientos. Estas fechas se fijan dentro del constructo artificial de la era cristiana o común y, como toda la historia del Próximo Oriente antiguo tuvo lugar antes del inicio de esa era, todas las fechas son a(n)tes de C(risto) o a(n)tes de la e(ra) c(omún), con los números más altos precediendo a los más bajos. Esto es una mera convención que nos permite entender la secuencia de acontecimientos y su distancia en el tiempo, aunque la era tenga una base ideológica sin relevancia para el Próximo Oriente antiguo. Todas las fechas de este libro, pues, han de leerse como a.e.c., excepto cuando se explicita e.c.

Los números dan una falsa sensación de certeza y la cronología absoluta de la historia del Próximo Oriente es un problema frustrante y controvertido. Los mesopotámicos eran bastante hábiles a la hora de documentar secuencias de gobernantes, aunque las fuentes pueden variar en cuanto al número de años de reinado de un rey y otros detalles. Para la cronología absoluta, la mayor dificultad reside en establecer un punto firme en el tiempo con el que puedan relacionarse las listas reales. Las herramientas empleadas derivan de múltiples disciplinas (e.g., astronomía, arqueología, filología) y los debates académicos son muy técnicos. La cronología del primer milenio es segura por la presencia de varios datos fiables, incluida la lista real compilada en griego por el astrónomo Ptolomeo de Alejandría en el siglo II e.c., que se remonta a 747 a.e.c., y la noticia de un eclipse solar que tuvo lugar el 15 de junio de 763, lo que nos permite asociar una larga secuencia de epónimos asirios (ver [capítulo 6](#)). Pero la incertidumbre surge en los primeros siglos de ese milenio y se agrava en el segundo milenio y en épocas anteriores. Los expertos han reconstruido una secuencia relativa aceptada, basada primariamente en listas reales de Asiria y Babilonia, pero esa secuencia no puede asociarse con seguridad a una datación absoluta. En 1912 e.c. un experto creyó haber descubierto evidencia astronómica sólida en un registro de momentos visibles y no visibles del planeta Venus durante el reinado de Ammisaduqa, incluido en una lista de predicciones astrológicas conservada en un manuscrito del siglo VII a.e.c. El comportamiento del planeta encaja con varios momentos de principios del segundo milenio a.e.c. y tras numerosas propuestas académicas tres sistemas fueron considerados los más probables, las cronologías alta, media y baja. Fechaban el reinado del rey más famoso del período, Hammurabi de Babilonia, en 1848-1806, 1792-1750 y 1728-1686, respectivamente, y el final de su dinastía en 1651, 1595 o 1531 (ver Garelli *et al.*, 1997: 225-240; Eder y Renger, 2007: 8-9; y Pruzsinszky, 2009: 23-30 para detalles de la investigación). En los años cincuenta la mayor parte de los expertos comenzó a adherirse a la cronología media, que también determinó la datación absoluta de acontecimientos del tercer milenio y anteriores.

Esta engañosa certidumbre está siendo atacada desde ya hace algo de tiempo. Surgieron dudas sobre la fiabilidad de la información de la *Tablilla de Venus de Ammisaduqa*, escrita mil años tras los hechos que describe, cuando volvió a editarse (Reiner y Pingree, 1975) y se ha llegado a sugerir que debería ser ignorada por completo en la datación (Cryer, 1995: 658), aunque hay una defensa reciente de su valor (Mebert, 2010). Acuciados por la preocupación de que la fecha de 1595 para la caída de Babilonia implicase una Edad Oscura excesivamente larga a mediados del segundo milenio, una reinvestigación a gran escala de la evidencia arqueológica, textual y astronómica defendió con fuerza una cronología ultrabaja y ubicó el evento en 1499 (Gasche *et al.*, 1998). Esto ha inspirado una avalancha de nuevos estudios que incorporaban evidencia, como los anillos de troncos de árbol de edificios de Anatolia, las referencias históricas en la literatura de presagios, la incidencia de los eclipses solares y demás (ver Pruzsinszky, 2009, para un examen detallado de toda la evidencia), pero al final sigue sin haber certeza. La cronología media sigue siendo, pues, «demasiado útil para abandonarla» (Roaf, 2012: 171), consejo que sigo aquí para que a los lectores de este libro les resulte más fácil consultar otras obras académicas¹.

1. Las fechas absolutas que uso para la historia de Asiria y Babilonia están tomadas de una lista preparada por Regine Pruzsinszky para Gonzalo Rubio (ed.), *A Handbook of Ancient Mesopotamia*, De Gruyter (en prensa).